

Racimos

Seudónimo: Pichón

“Necesito que entregues un pedido, no me siento bien”. Eso me dice el viejo. Nunca me había llamado a esta hora. Miro un documental sobre animales, mientras sostengo el celular contra la oreja. Le digo que es tarde y que estoy acostado. Dice que anda con diarrea por tomar tanto remedio. Hace diez días lo operaron del corazón. “Me cagué encima, ensucié la cocina, el baño, un desastre”. Detalles que hubiera preferido no saber, pero el viejo necesita contar lo que le pasa. No me causa ni gracia ni pena su situación. Las paletas del ventilador giran sin cesar, pero no empujan un aire nuevo, se limitan a remover el que ya existe. Siento el colchón pegajoso, mi espalda se hornea a fuego lento. El viejo insiste:

—Haceme la gauchada, querido.

Voy en moto hasta su casa. Me recibe en la puerta con una bata de baño medio abierta, el cinturón sin abrochar, y debajo de la bata, nada: en pelotas, el cuerpo blanco y huesudo como si hubiera dejado atrás un campo de concentración. La cicatriz morada de su pecho guarda la forma de un ciempiés. Trato de no mirarla, pero la espío de reojo y tengo la impresión de que se mueve.

—¿Querés tocarla? —dice.

Antes de que responda, me agarra la mano y dejo que guíe mis dedos. Todavía no le sacaron los puntos y los hilos me rozan como espinas, así de duros. Retiro la mano de golpe y me dice que soy un miedoso y ríe con ganas.

—¿Para esto me llamaste? —digo—. Pensé que estabas apurado.

—Ah, sí, perdón. El cliente espera.

El viejo vende productos a base de yuyos medicinales. La gente busca soluciones mágicas, repite siempre. El paquete que me entrega tiene una etiqueta colorada: *Sueños eróticos*. Es la única inscripción. Lo meto en la mochila. Me indica una dirección y luego dice gracias, querido, y cierra la puerta y lo escucho toser varias veces, una tos que suena a maderas quebradas. Me aterra la idea de que la herida se le abra por la agitación, así que me voy rajando.

Estaciono la moto en la vereda de un edificio gris, deprimente, a pocas cuadras de la estación de El Palomar. Toco el timbre de un portero eléctrico sin altavoz. Mientras espero, observo a un perro destrozar a mordiscones una bolsa de basura. Pasa un tren, las vías están al otro lado de la calle. Por la escalera del edificio veo bajar a un pibe con rastas. La cara barbuda, un pucho colgándole en la boca. Viene descalzo, con la camisa desabotonada. Revisa los bolsillos de la bermuda y se muestra confundido al darse cuenta de que se olvidó la plata arriba.

—¿Querés subir? Así te pago.

Lo sigo por la escalera hasta el primer piso. Puertas color crema, de marcos marrones, todas idénticas a lo largo del pasillo. Entramos en un monoambiente. Ceniceros acá y allá. La ventana abierta da a las vías del tren. El ritmo suave de un reggae sale de un parlante que no se ve por ningún rincón. El Rasta tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera pasado noches sin dormir. Apaga el cigarrillo con el agua de la canilla. Hay otro pibe, flaco, durmiendo boca abajo en el sofá. Está en calzones y se le ve la raya del culo.

El calor es inaguantable, no hay siquiera un ventilador. De un florero transparente brota una plantita que parece la germinación del poroto. Apoyo la mochila sobre la mesa y busco el paquete. El Rasta lo abre, saca el frasco de la caja de cartón y observa el contenido a trasluz contra la lámpara.

En eso, el silbato de otro tren. Le pregunto si no le molesta el ruido.

—A las doce y media dejan de pasar —dice, mientras camina hasta la alacena para guardar el frasco.

Un moscardón me zumba cerca de la oreja. Doy un manotazo al aire. El insecto vuela lento, inestable, como agotado por su propio peso, y se posa en el pecho del Rasta. No es un moscardón: es una abeja. El Rasta la ve pero no reacciona, como si le diera lo mismo. En tanto, la abeja le camina por la maraña de pelos desplazándose en dirección al vientre. El pudor me hace desviar la mirada. A mi izquierda, en la pared, hay una foto donde el pibe aparece posado en medio de un paisaje arbolado, sosteniendo un palo horizontal a la altura del mentón. Del palo cuelga un racimo de abejas que simulan formar parte de su barba. De fondo se ven las cajas blancas de las colmenas.

—Soy apicultor —susurra cerca de mi oído.

Pienso: Un apicultor viviendo en un departamento. ¿A cuántos kilómetros de las colmenas?

—Tengo que irme, ¿vas a pagarme o qué?

Dice que sí, que ahora mismo. De un jean tirado en la cama rescata unos billetes. Me los da y se queda mirándome. No sé qué señal le doy, pero se saca la camisa, la hace un bollo y la lanza sobre el lomo del flaco que sigue planchado en el sofá.

La abeja desapareció, no la veo en su pecho ni en el ombligo. Trato de ubicarla en uno de los brazos del Rasta, en las piernas. Mis ojos exploran su cuerpo y es como si me zambullera en él. Bajo los párpados para quitarme de encima la sensación de vértigo. El viejo viene a mis pensamientos, es un vendedor que me ofrece algo novedoso, quiere convencerme del poder milagroso de su producto. “Tenés que relajarte, querido, dejarte llevar. De lo contrario, tus sueños van a convertirse en algo rancio”. Parece que estuviera al lado mío, pero yo sé que descansa en su casa, a tres o cuatro kilómetros de este barrio, con su costura fresca.

Unos dedos me bajan el cierre del pantalón. La cara del pibe, inexpresiva, no guarda relación con la prepotencia de su mano. Miro más allá, por encima de su hombro. El rectángulo de la ventana está cubierto por abejas, barbas de abejas, racimos entrelazados que forman una malla dorada y viviente. Las abejas no vuelan de noche, me digo. Pero ahí están, efervescentes. Retrocedo y me cargo la mochila al hombro.

Salgo. Bajo a todo trapo por la escalera, llego al palier y giro el picaporte. La puerta se abre, casi no me lo creo: es como salir a la superficie de un pantano.

Trepo a la moto y pateo el pedal una, dos, tres veces. La moto ronronea pero no arranca. No me falles ahora, suplico mirando a un lado y a otro de la calle desierta. Un zumbido compacto me obliga a levantar la mirada. Los racimos se desprenden de la ventana del primer piso. Vuelvo a patear el pedal hasta que se me acalambra la pierna.

—Mierda, carajo.

Miro otra vez hacia arriba, las abejas forman una espiral enorme: vienen acercándose en zigzag. Aprieto los dientes anticipándome al dolor.